

PROCESOS DE SUBJETIVACIÓN Y DEVENIR CORPORAL

Julio César Rueda Cantor¹

Docente investigador Universidad Santo Tomás (Bogotá, Colombia)

juliorueda@usantotomas.edu.co

Resumen

El cuerpo, centro de atención de innumerables estudios y reflexiones que han buscado dar cuenta de la naturaleza del ser humano, es también la prueba más fehaciente de nuestra existencia. Sin embargo, la forma de caracterizarlo depende de los modos de subjetivación que estén atravesando un momento histórico determinado, lo cual redundará en una idea de cuerpo asociada a la manera en que individuos y colectividades construyen su existencia y sus formas de relacionarse. Esto puede ser mejor entendido bajo el concepto de *corporalidad*, en el sentido de diferenciar lo anteriormente descrito con la definición estereotipada y esencialista impuesta desde las ciencias positivistas, la cual enmarca al cuerpo en términos cosificados y funcionalistas.

A continuación se presenta un breve recorrido histórico sobre la forma en que ciertos procesos de subjetivación han caracterizado la idea de cuerpo, y cómo esta ha marcado relaciones de poder de dominación e imposición. De esta manera pueden ser mejor entendidas, a través de un ejemplo puntual, diversas formas que tenemos de corporalizarnos desde perspectivas que superan a los poderes hegemónicos, posibilitando modos de existencia potentes, vitales.

Palabras clave

Devenir, procesos de subjetivación, corporalidad, poder, potencia

¹ Profesional en Cultura Física, Deporte y Recreación de la Universidad Santo Tomás; Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas con la tesis *Devenir, subjetivación y acontecimiento en corporalidades de profesionales en Cultura Física y Educación Física*, de la cual se deriva el presente documento.

¿Cuerpoocorporalidad?

La pregunta por el sí mismo es tan antigua como la historia misma, y las respuestas que de ella se han desprendido son tan variadas y numerosas que intentar agruparlas, condensarlas o siquiera sintetizarlas sería un esfuerzo infructuoso. Lo que sí puede llegar a ser un punto en común entre todas ellas, es que de una u otra manera esa pregunta enmarca casi que insoslayablemente la cuestión del cuerpo.

De hecho, pensar el individuo, pensar la sociedad, necesaria y simultáneamente lleva a pensar en aquello que demuestra la existencia humana: su condición corporal. Imaginar una acción humana en ausencia del cuerpo pareciera ser una contradicción, ya que es precisamente a través de éste que podemos entendernos como un *soy*, un *somos*. Sobre esto, y evocando a la fenomenología, dice Villamil (2003:20) que “el hombre es un ser corporal, una conciencia encarnada; que el hombre no piensa desde el cuerpo, ni con el cuerpo, ni a través del cuerpo; el *hombrepiensa como cuerpo*, piensa *corporalmente*”.

Efectivamente, referir al cuerpo en términos de posesión o de exteriorización, es decir como entidad física de la cual *me sirvo para*, direcciona las posibilidades afectivas, sensibles, cognoscitivas y motoras que está en capacidad de expresar hacia una sola perspectiva, hacia una sola forma de devenir; mecanicista, utilitarista, en esencia racionalista. La existencia del ser humano, de todo lo que lo compone y caracteriza, de todo lo que lo vitaliza, es corporal. RosiBraidotti (2004:16) hace un aporte certero sobre esta afirmación al decir que “el cuerpo no es una cosa natural; por el contrario, es una entidad socializada, codificada culturalmente; lejos de ser una noción esencialista, constituye el sitio de intersección de lo biológico, lo social y lo lingüístico”. No tenemos un cuerpo, ni somos dueño de uno; somos cuerpo, devenimos corporalmente.

La interdependencia entre lo afectivo, lo emocional, lo motor y lo social, es decir la condición corporal del individuo, supone la constitución de procesos o modos de existencia, de localización política en el mundo; en otras palabras, la corporalidad está ligada a la forma en que se deviene, no a un hecho preconfigurado o preexistente; responde a la manera en que construye subjetivaciones, la manera en que se relaciona con otras, la forma en que se posiciona y actúa en su contexto. En otras palabras, el cuerpo que se comunica y se construye a través de procesos de subjetivación deviene corporalidad, en contraposición al cuerpo esencialista y predeterminado de la biología, la anatomía y demás ciencias positivistas de la modernidad.

Un proceso de subjetivación hace referencia a “las diversas maneras que tienen los individuos y las colectividades de constituirse como sujetos” (Deleuze, 2014:275), teniendo en cuenta que no es *sujeto* en términos de identidad ni de esencia sino de devenir, de constitución progresiva de formas de existir. Es una construcción que depende del contexto y de la forma en que el individuo se desenvuelve y se piensa en el mismo, lo cual sólo es posible en tanto manifestación corporal. De hecho, los procesos de subjetivación anteceden al individuo y a las colectividades; constituirse como sujeto, individual o colectivo, depende del proceso de subjetivación que está deviniendo. Es precisamente en el devenir donde se instauran los procesos de subjetivación, no en los seres humanos como se pretendió en la modernidad. El individuo se subjetiviza según los modos de subjetivación que permean las épocas; él transita por el mundo según la forma como estos lo penetran y lo vitalizan. Gilles Deleuze (2014:160) ayuda a entenderlo mejor cuando afirma que “un proceso de subjetivación, es decir, la producción de un modo de existencia, no puede confundirse con un sujeto...La subjetivación no tiene ni siquiera que ver con la *persona*: se trata de una individuación, particular o colectiva, que caracteriza un acontecimiento (una hora del día, una corriente, un viento, una vida...). Se trata de un modo intensivo y no de un sujeto personal. Es una dimensión específica sin la cual no sería posible superar el

saber ni resistir el poder”. La corporalidad, finalmente, deviene cuando un cuerpo es atravesado por ciertos procesos de subjetivación que motivan al individuo a existir y actuar en términos de construcción, de cambio continuo, de relación con el movimiento incesante que caracteriza a la vida misma.

Sin embargo, y a pesar de la imposibilidad de separar el carácter físico del emocional y cognitivo, desde la antigua Grecia se ha consolidado una serie de estrategias que han servido para legitimar esa división, haciendo posible un moldeamiento de los procesos de subjetivación que han atravesado a diferentes colectividades a lo largo de la historia. Las dicotomías cuerpo-mente, cuerpo-espíritu, cuerpo-alma han adquirido una fuerza tal que se han incorporado en los imaginarios de los individuos, modelando sus modos de existencia, naturalizando sus comportamientos, sus pensamientos y sus deseos.

¿Y cómo fue eso posible? Si bien atreverse a dar una respuesta sentenciosa a esta pregunta es tan pretencioso como intentar una a la definición de qué es un ser humano, el Poder parece ser un punto de confluencia de las diversas formas de subjetivarse que ha tenido el individuo a través de los tiempos. Las instancias de dominación, de control y disciplina sobre el otro, y sobre lo otro, son características esenciales del uso del poder; en lo que atañe a la corporalidad, el orden social, político, económico y administrativo de unas colectividades sobre otras se posibilita precisamente por la forma en que se ejerce el poder, es decir por las diversas maneras en que se disciplinan y controlan los cuerpos, y por ende sus modos de subjetivarse.

De la obligación a la seducción

El moldeamiento de los imaginarios es crucial a la hora de garantizar orden y control porque se impregna en el individuo la idea de que su constitución humana es, en términos generales, cosificada y mecanicista. Las tecnologías de poder de las que hablaba Foucault, a través de los distintos períodos

históricos, han configurado procesos de subjetivación amoldados a las necesidades de disciplina y control que se susciten, lo cual garantiza un ordenamiento sobre los cuerpos. Sin embargo, la esencia del poder como eje de dominación no se asienta exactamente en lo anteriormente descrito sino en el ocultamiento de la posibilidad de devenir diferente, de subjetivarse de otras maneras, de constituirse como corporalidad en resistencia. Se nos ha enseñado que la vida, y la idea de progreso en ella, responde a dogmas preconfigurados, instituidos y legitimados; pero cuando alguien se atreve a corporalizarse desde perspectivas diferentes “corre el riesgo” de ser rechazado o subestimado. En últimas, es el poder lo que direcciona en un individuo la manera como se posiciona en el mundo, la forma en que se subjetiva y se corporaliza, y es allí donde se decide (de forma consciente o no) si se deviene moldeado y dócil ante lo que se le presenta como verdad, o más bien si se resiste a ello para devenir diferente, ajeno a los poderes hegemónicos dominantes.

Lo anterior tiene un sustento histórico evidente, especialmente desde el medioevo tardío. En aquel entonces el poder radicaba en la demostración pública de los castigos ejercidos sobre el cuerpo con el fin de garantizar obediencia a través del miedo; se apagaba cualquier intento de disidencia una vez se exhibían los cuerpos torturados y muchas veces desmembrados. Esto se conoció como el poder de la soberanía porque atentar contra la ley, contra los dogmas, era contravenir al rey mismo, y no había peor ofensa que ir en contra de los dictámenes de quien precisamente sustentaba el poder: el soberano.

Por supuesto, la violencia extrema y los abusos en el ejercicio del poder comenzaron a configurar diversas formas de subjetivación en ciertas colectividades que terminaron por llevar a la obsolescencia a esta manera de garantizar disciplina sobre los cuerpos. El advenimiento de revoluciones, los cambios paradigmáticos, el enaltecimiento del individuo como autosuficiente en

contraposición al hombre dependiente y pecador del medioevo, entre muchos otros aspectos, posibilitaron este cambio.

El orden y la disciplina, posteriormente, se garantizaron de otra manera. Del ejercicio del poder basado en la demostración fáctica de la violencia sobre los cuerpos se pasó a uno que no requería de tal hecho para suscitar sumisión y obediencia. La mejor forma de entenderlo es a través del ejemplo desarrollado ampliamente por Foucault en su trabajo *Vigilar y Castigar*: el panóptico. El sistema carcelario de la modernidad se basó en este modelo, el cual consistía en una serie de celdas que dirigían su mirada hacia un centro, punto desde el cual un vigilante podía tener contacto visual directo con cada una de ellas, pero ningún prisionero podía saber quién estaba en la celda próxima, y en muchas ocasiones ni siquiera lograba saber quién lo estaba vigilando.

El poder disciplinar no era sólo una estrategia de quienes gobernaban para garantizar organización y control sobre los demás sino que se evidenciaba en prácticamente todas las relaciones sociales: los rangos jerárquicos en la milicia, el estatus laboral, la disposición de las aulas de clase, las formas de relación entre padres e hijos, etc. Una instancia domina, la otra es dominada, y ambas funcionaban en torno al disciplinamiento y vigilancia de los cuerpos, a través de la bifurcación de la naturaleza corporal del individuo, esto es, atendiendo a su carácter anátomo-metafísico para incrementar y aprovechar su fuerza muscular con el ánimo de garantizar producción, y disminuyendo su carácter técnico-político para propiciar sumisión y obediencia. El cuerpo que produce y el cuerpo manipulable en realidad era uno sólo, pero como proceso de subjetivación claramente estaba dividido, y era esto precisamente lo que garantizaba una forma de devenir dócil y moldeable. Los movimientos, las actitudes, los gestos, todo lo que proviniera del cuerpo era cuidado y vigilado casi que a escala infinitesimal; se trataba pues de una disciplina que jugaba con el carácter utilitario y político del cuerpo. Como lo decía el mismo Foucault (2002:83), “la disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos

políticos de obediencia). En una palabra: disocia el poder del cuerpo". Para entenderlo mejor, esta tecnología de poder no busca la exclusión ni la eliminación sino el enderezamiento de conductas. No limita las fuerzas para minimizarlas sino que por el contrario busca multiplicarlas y utilizarlas. "La disciplina *fabrica* individuos", diría Foucault (2002:104), y es a través de esa tecnología que se modelaron nuevos dispositivos de poder, como por ejemplo la cárcel, las fuerzas militares, los hospitales, la industria, la escuela... la familia: el trabajador que debía cumplir con un estricto horario y con unas labores puramente mecánicas y repetitivas; el prisionero que era "corregido" a través de la imposición de regímenes tanto en horario como en trabajos; el soldado que debía dirigirse a su "superior" en términos de "señor" o de "mi teniente", "mi capitán" o lo que sea según correspondiera; el estudiante que sólo podía hablar cuando su profesor se lo permitía; el hijo que salía de casa y regresaba a una hora predeterminada por su padre, etc. Cuerpos sumisos, cuerpos dóciles, cuerpos en gran medida ausentes de subjetivaciones significativas. Sin que el vigilante necesariamente estuviera presente, o fuera visto, quien estuviera en su "celda" sabía que estaba siendo observado todo el tiempo. Posiblemente ese sea el logro más contundente del poder disciplinar: vigilar sin estar presente; la conformación de cuerpos dóciles y obedientes se facilitaba bajo esta tecnología de poder.

Aunque los procesos de subjetivación que atravesaban a los individuos y colectividades en la Modernidad se concentraban en la normatividad, la imposición, la vigilancia y la sumisión de los cuerpos, en la postmodernidad existe aún algo similar pero la disciplina como tecnología de poder ya no funciona de la misma manera. De pasar a un estado en el cual unos pocos miraban a muchos, se pasa a un escenario en donde muchos concentran su atención en unos pocos. De ser una situación rehuida en la modernidad, es ahora una necesidad en la postmodernidad. Queremos ser reconocidos, aplaudidos, exaltados, porque de no serlo corremos el riesgo a ser discriminados y subestimados; relegados a un segundo plano.

Pero no es la única diferencia. También lo es la forma de concebir esta nueva tecnología de poder, ya que el disciplinamiento y sometimiento de cuerpos poco a poco pierden efectividad. Ahora ya no se obliga a nadie a nada...se le seduce. Nos seducen a través de sofisticados dispositivos de poder (medios publicitarios, tecnológicos, etc.) que invaden constantemente lo que antes era considerado nuestro espacio privado. No importa a dónde vayamos o hacia donde miremos, siempre nos toparemos con una valla publicitaria, un mensaje en la radio, una imagen en televisión, un link en internet, incluso un consejo de algún amigo, que nos invita a utilizar el mejor perfume, vestir la mejor prenda, vivir en el mejor sitio, estudiar en la mejor universidad, viajar al lugar ideal. Mientras el poder disciplinar constituía procesos de subjetivación con deseos a largo plazo, donde era necesario trabajar arduamente para conseguir lo que se quería, Eva Patricia Gil (2004) nos recuerda que los modos de subjetivación postmodernos han constituido un modelo hegemónico de satisfacción que responde a continuas, intensas e inmediatas experiencias, en su mayoría de placer. Esto en gran medida obedece a un cambio paradigmático en las relaciones laborales y sociales, donde se pasa de configurar cuerpos que producen a la constitución de cuerpos que consumen. Este es el poder del control. De la misma forma como en el medioevo el poder de la soberanía configuraba cuerpos obedientes y sumisos, y que en la modernidad se transformó en el poder disciplinar, los lazos relacionales de la postmodernidad están mediados por la tecnología y los medios de comunicación, constituyendo nuevos modos de subjetivación basados en el consumo y la imagen corporal. Es la seducción en su máxima expresión; el advenimiento de las sociedades de control, donde “no hay encierro ni vigilancia puesto que el imaginario sobre lo normal y lo deseable circula libremente por espacios abiertos, enganchando las mentes y los cuerpos, a un deseo de pertenecer, de hacer parte y no sentirse excluido” (Piedrahíta, 2010:28).

De igual forma, esta nueva tecnología de poder ha propiciado modos de subjetivación que ya ni siquiera moldea cuerpos; más bien los modela. En el imaginario colectivo se ha arraigado una idea de cuerpo que sólo alcanza el

ideal instituido del *deber ser* cuando responde al estereotipo moralmente aceptado de belleza, salud, felicidad y éxito, caracterizado por la búsqueda de querer cierto tipo de cuerpo, cierta forma de vestir y actuar, cierta manera de comportarse. Las voces de aceptación del otro legitiman el deseo de tener un cuerpo estereotipado, un cuerpo cosificado. Es así como los dispositivos de poder contemporáneos controlan los cuerpos; sin obligar, sin someter, simplemente manipulando deseos, modelándolos de tal manera que aseguren acciones y conductas direccionadas que suponen ser “libres” y “naturales” pero que realmente están adhiriéndose cada vez más al poder del control.

Evocando al pensamiento deleuziano, Piedrahita (2010) resalta que los modos de subjetivación capturados por la maquinaria social postmoderna, que moldean comportamientos y neutralizan la posibilidad de resistir lo instituido dirigiéndolos hacia la cosificación del flujo deseante, devienen como procesos de subjetivación de acoplamiento o de cierre. Por otro lado, cuando el individuo se da la oportunidad de devenir diferente, atendiendo a su potencia² y no a la naturalización de sus deseos, resistiendo al poder hegemónico, está siendo atravesado por procesos de subjetivación de apertura, como líneas de fuga. Estas se dan, según Piedrahita (2010:25), “cuando el deseo no es deseo de objeto sino energía que fluye incesantemente y que no está limitada por objetos que le sirven de vehículo. Es un deseo que contrariamente al deseo significado, se expande al establecer conexiones y cortes... Todo lo que detiene el flujo de energía, fosiliza el deseo e interrumpe la creación”.

Corporalidad como acto de resistencia

Corporalidades que atienden a procesos de subjetivación de cierre abundan en esta época contemporánea. La búsqueda por el cuerpo ideal se puede

² Potencia se refiere a lo que es capaz un individuo. Como decía Spinoza, a lo que puede un cuerpo. No es lo que se dice de ese individuo hasta dónde puede llegar, sino lo que realmente es capaz de realizar, de corporalizar, ajeno a poderes hegemónicos, independiente de modelamientos y estereotipos. Al respecto, dice Maité Larrauri (2000:31) que “potencia no quiere decir lo que potencialmente podría hacer un individuo por el hecho de pertenecer a una especie concreta, sino que *potencia* significa lo que realmente puede ese individuo, y lo que realmente puede es lo que hace”.

evidenciar en muchos escenarios, como por ejemplo los gimnasios, las escuelas de modelaje, los centros de estética, en el deporte de competencia; incluso en espacios que a priori podrían considerarse como ajenos a esta dependencia como una empresa, un colegio, una universidad. Sin embargo, como profesional en Cultura Física consideré necesario y pertinente indagar por la manera como se constituyen procesos de subjetivación en las corporalidades de individuos con formación afín a la mía, principalmente porque nuestro quehacer profesional gira en torno a un mismo eje: el cuerpo.

Sin importar si se trata de licenciados en educación física, profesionales en cultura física, entrenadores deportivos, educadores motrices, o cualquier otro título relacionado con este tipo de profesiones, en términos generales se podría afirmar que nuestra formación profesional se centra en la adquisición de estrategias y herramientas que respondan de la mejor forma a las necesidades físicas y motrices del individuo, con el fin de propender por estilos de vida provechosos y saludables. Si bien el precepto pareciera ser claro, cuando se mira en detalle a qué nos referimos con “estilos de vida provechosos y saludables”, nuestro derrotero comienza a perder firmeza; se vuelve susceptible de ser cuestionable.

¿Será provechoso y saludable adherir cuerpos al sistema hegemónico del control y la visibilización? ¿La consecución del cuerpo anhelado podría responder asertivamente a la búsqueda de un estilo de vida ideal? En últimas, ¿hasta qué punto un profesional en nuestra área de formación está en capacidad de construir escenarios y posibilidades de vida que animen a la constitución de corporalidades libres y resistentes, esto es en línea de fuga? Y a propósito de esto, ¿cómo construye él sus modos de existencia? ¿Cómo deviene? ¿Cómo se constituye su corporalidad dentro de las diversas relaciones de poder que lo atraviesan? Estas preguntas no son detalles menores, teniendo en cuenta que continuamente llevamos a cabo intervenciones que exaltan al cuerpo modelado, fortalecido, soñado, al cuerpo del consumo; en otras palabras, a procesos de subjetivación que se

corporalizan en razón a los poderes hegemónicos dominantes de nuestro presente. Sin embargo, así como solemos devenir planos y acoplados, también es posible devenir desde la potencia, generando rupturas significativas, propiciadoras de subjetivaciones que nos permitan percibir la vida desde otras perspectivas, más solidarias, constructivas, hacedoras de corporalidades que devienen desde su mismidad, resistiendo al poder del control.

Una manera de hacerlo es a través de la creación; crear modos de existencia. No en el sentido de producir a partir de dogmas establecidos, situación típica en la mayoría de expresiones juveniles, en la diversidad de modas, en el uso de determinados elementos (de vestir, de higiene, de cuidado personal, etc.), sino a partir del deseo como flujo de energía que dinamiza la potencia del individuo. Cuando se desea, se hace no específicamente desde el objeto, sujeto o acción buscado (que es la manera estereotipada de “desear”) sino desde todo lo que devendrá junto con ese objeto, sujeto o acción anhelado. El desear un carro no es querer ese artefacto como elemento individual sino todo lo que sucederá con él; las personas que se subirán a él, los sitios que se visitarán con él, las carreteras que se recorrerán. En últimas, el deseo no es una carencia, es una construcción, es una fabricación continua e incesante; es deseo de potencia, y el desear desde la potencia es crear. En estos términos, el acto de creación es en sí mismo un acto de resistencia porque no obedece a lo instituido ni a lo legitimado; es manifestación activa (no reactiva) que se forja desde la potencia de un individuo, posibilitando un devenir corporal particular e irrepetible.

Cada forma de vida existente en nuestro mundo es animada por una potencia específica e individual, lo cual la hace única y diferente, y sólo cuando los diversos modos de subjetivación que se van produciendo atraviesan a cada uno de esos cuerpos es que dicha potencia puede ser exaltada, opacada, debilitada, fortalecida, transformada o vitalizada. De esto se desprende una paradoja: lo natural no es estar atrapado en los poderes hegemónicos, sino por el contrario lo natural es resistir; lo natural es devenir creativo. Pero no es esta la “estructura” que conviene a las tecnologías de poder porque su propósito de

ordenar, disciplinar y controlar se vería desvanecido, razón por la cual naturalizar y legitimar los imaginarios, los comportamientos, los pensamientos y los cuerpos resultan ser las estrategias esenciales de su subsistencia.

Cuando el acto de resistir logra ser entendido como producto de la potencia, es decir de la capacidad creadora del individuo, es cuando adquiere sentido que no se necesita recurrir a fuerzas exteriores para devenir libre: en el trabajo sobre sí mismo toda resistencia es posible.

Un ejemplo de posibilidad

¿Cómo se puede devenir creativo en una época donde todo parece estar atrapado dentro de lógicas de poder dominantes y hegemónicas? ¿Cómo puede el flujo deseante no ser interrumpido para que vitalice nuestra potencia? Un ejemplo puede ilustrar de mejor manera posibles respuestas a ese tipo de inquietudes:

Licenciado en Educación Física, Fredy regresó de Cuba con el ánimo de poder ejercer su profesión a la luz de muchos conocimientos y experiencias adquiridos en La Habana, teniendo en cuenta que allí los procesos educativos (al menos en nuestra área del conocimiento) históricamente han sido no sólo rigurosos sino vanguardistas.

Desde su infancia, siempre buscó ser una persona juiciosa, disciplinada, recatada, al punto que en su niñez sólo iba a jugar fútbol con sus compañeros si ya había finalizado sus tareas. Tenía muy claro que seguir las normas y las reglas dadas por su familia, por el colegio, por el espacio social que habitase, le proporcionarían en el futuro las mejores oportunidades para gozar de una vida satisfactoria. De alguna manera la gran mayoría de nosotros hemos sido formados con estos ideales, y Fredy no fue la excepción a ese pensamiento hegemónico de “progreso”.

Su búsqueda se centró en ser entrenador de la selección Colombia de voleibol; sin embargo, diversas razones lo llevaron a encaminarse por el campo de la administración deportiva. Por supuesto, no es de sorprenderse que lo hiciera bastante bien, principalmente porque ser organizado, planificador, riguroso, y disciplinado son características esenciales de alguien que asuma ese tipo de roles, y para Fredy no era complicado hacerlo; finalmente era de esa manera que solía vivir en su niñez y adolescencia. Lo curioso del asunto es que nada de esto satisfacía su deseo, su gusto, al menos de la forma como él esperaba.

De manera alterna a sus labores como administrador, Fredy dirigía un equipo de voleibol femenino conformado por personas a las que simplemente les gustaba jugar, sin pretensiones competitivas marcadas ni de rigurosidad extrema en los entrenamientos. Pero esto él lo entendió después de un tiempo porque en principio sus pretensiones se encaminaban hacia procesos de entrenamiento y competencia estructurados, planificados y estrictos. No habían pasado muchas sesiones de práctica antes de que varias de ellas le manifestaran su inconformismo. Obviamente, la intención de Fredy no era incomodarlas ni someterlas a regímenes que fueran en contra de los gustos del equipo, pero posiblemente afloró en él ese viejo anhelo de dirigir a un seleccionado profesional. De hecho, en un principio la relación con el grupo era en varios aspectos traumática porque su forma de conectarse con cada una de ellas se limitaba a la corrección de fundamentos técnicos, al llamado de atención por no hacer una rotación adecuada, al regaño por no saltar a tiempo para bloquear o rematar. Sólo fue hasta que comenzó a darse cuenta que cada encuentro con ellas se estaba convirtiendo en una obligación, que se dio la oportunidad de transformar su manera de relacionarse con ellas.

Los procesos de subjetivación que venían atravesando a Fredy se caracterizaban por seguir a cabalidad los estamentos del orden riguroso y la disciplina, aspectos claramente manifiestos en su corporalidad; siempre adecuadamente vestido, apropiadamente peinado, utilizando las palabras que mejor correspondían al momento, haciendo uso de gestos y maneras de

expresión que estereotipadamente se han consolidado como las más efectivas según la ocasión. Y por supuesto, en todos los escenarios donde el imaginario instituido del *deber ser* se destacaba y defendía, Fredy era muy bien visto, aceptado, avalado si se quiere. Pero no ocurría cuando se encontraba con el equipo de voleibol; su afán por seguir un plan cuidadosamente diseñado pronto fue perdiendo valor al ver cómo ese control que siempre quiso tener sobre las personas y las cosas se desvanecía. Ellas escapaban de su rutina diaria al encontrarse y jugar...por qué no podría suceder igual con Fredy?

El escenario de entrenamiento comenzó a transformarse en un campo de conexiones donde el devenir corporal de cada una suscitó movimientos en la corporalidad de Fredy. De estar preocupado por un saque mal hecho o una recepción deficiente pasó a sumergirse en los afectos y emociones que ellas siempre habían tratado de comunicarle; pronto supo quién era cada una, de dónde venía, qué le preocupaba, cuáles eran las razones reales por las cuales iban a jugar voleibol, al punto que su perfeccionismo al hablar, al presentarse, al comunicarse, al vestir y arreglarse empezó a difuminarse dentro de una corporalidad que se permitía lo que fuera, con tal de conectarse con ellas desde su potencia, es decir desde sus afecciones (las de él y las de ellas), sus deseos, sus ganas de posibilitar un espacio siempre diferente, siempre vitalizante.

Como era de esperarse, los “entrenamientos” de voleibol pasaron de ser una obligación contractual a convertirse en un devenir del que no se espera nada más que construir, crear. Crear posibilidades de vida, de existencia, de producciones subjetivantes que van más allá de los estereotipos legitimados por las lógicas de poder imperante y hegemónico. Allí no importaba si había tareas pendientes en la casa, si quedaba un trabajo inacabado en la empresa, si un esposo anunciaba que llegaba tarde, o temprano, o no llegaba; sólo importaban las subjetivaciones individuales y colectivas que en ese momento constituían corporalidades en resistencia; resistencia a la norma que moldea la manera de expresarse, de comportarse, de moverse, de pensar...de vivir!

Michel Foucault (1996:193) no lo pudo haber dicho mejor: “en nuestra sociedad el arte se ha convertido en algo que no concierne más que a los objetos, y no a los individuos ni a la vida. Que el arte es una especialidad hecha sólo por los expertos que son los artistas. Pero ¿por qué no podría cada uno hacerse de su vida una obra de arte? ¿Por qué esta lámpara, esta casa, sería un objeto de arte y no mi vida?”

Bibliografía

Braidotti, R. (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa.

Deleuze, G. (2014). *Conversaciones 1972-1990*. Quinta ed. Valencia: Pretextos.

Foucault, M. (1996). *La inquietud por la verdad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Foucault, M. (2002). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Gil, E. P. (2004). *Ultraindividualismo y Simulacro en el Nuevo Orden Mundial: Reflexiones sobre la sujeción y la subjetividad* (Tesis doctoral inédita). Facultad de Psicología, Universidad Autónoma, Barcelona. Recuperado: de <http://tdx.cat/bitstream/handle/10803/5281/epgr1de1.pdf?sequence=1>

Larrauri, M. (2000). *El deseo según Gilles Deleuze. Filosofía para profanos No. 1*. Valencia: Tándem Edicions.

Piedrahita, C. (2010). *Desafíos en estudios sociales e interdisciplinariedad*, 1ra edición. En C. Piedrahita et A. Jiménez (Eds). *Subjetivación y subjetividades maquínicas* (pp. 19-38). Bogotá: Ediciones Antropos Ltda.

Villamil, M.A. (2003). *Fenomenología del cuerpo y de su mirar*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.